

## INTRODUCCIÓN

Era primavera en Chile, el año 1970. Yo era cadete de primer año de la Escuela Militar, tenía quince años. Me sentía inspirado por el anhelo de ser oficial de Ejército, no cabe duda que por la fuerte influencia que constituía mi padre.

Recuerdo que el 21 de octubre me llamó un teniente y me dijo que al día siguiente debía presentarme en el taller fotográfico para que me tomaran fotografías vestido de parada, es decir con la tenida de desfile.

Esa tarde, como todos los miércoles, salí franco, ya que me correspondía como cadete distinguido, y lo primero que hice fue ir a la casa de mi polola, que ahora es mi esposa. De regreso ya de noche pasé por mi casa y me llamó la atención que como siempre no estuvieran apostados los carabineros a la puerta de entrada. Entré a la propiedad y estaba sólo la empleada; mis padres se encontraban cenando en casa de familiares. Mientras comía me llamó mi padre por teléfono. Aproveché de preguntarle si él había ordenado que me fotografiasen. Me respondió que no sabía nada de eso. Me deseó que me fuera bien y finalmente se despidió diciéndome que nos veríamos el fin de semana.

Al día siguiente, 22 de octubre, cerca de las ocho y media de la mañana, salí de clases para cambiarme para la fotografía. En el momento que estaba pidiéndole las llaves de los dormitorios al sargento primero de la compañía, el auxiliar de esta última entró

a la oficina y sin darse cuenta de que yo estaba presente, exclamó: "Mi suboficial, están diciendo por la radio que acaban de balcar a mi general Schneider".

Cuando escuché eso, no lo creí y salí corriendo sin ningún destino. En el pasillo me encontré con el capitán Carlos Carvalho, comandante de la compañía, quien me acompañó a la oficina del director de la Escuela, coronel Alberto Labbé. Éste me señaló que mi padre había sido víctima de un atentado, que estaba siendo atendido en el Hospital Militar y que él no sabía nada más.

Posteriormente me dirigí al hospital, acompañado por el teniente Sergio Arangua, comandante de sección. Cuando llegué al recinto hospitalario estaba lleno de periodistas queriendo saber de mis impresiones; sin embargo, al momento mis superiores me pidieron que no aceptara entrevistas. Mi madre aún no llegaba. Minutos después lo hizo acompañada de mi hermano René. Había muchos generales. Saludé y traté de informarme sobre la salud de mi padre y sobre lo que había pasado. Nadie sabía nada, todos corrían, la situación era caótica. Yo sentía que todo se volvía oscuro, no entendía nada. Más tarde arribó mi hermano Raúl y posteriormente mi hermana Elisa, quien venía de La Serena, muy afectada además porque estaba embarazada.

En algún momento, alguien —no recuerdo quién, puede haber sido el general Prats—, nos dijo que nuestro padre estaba muy grave y que lo iban a operar. Ese día empezó mi calvario junto a mi madre y hermanos en el hospital. Así pasaron tres días. Los médicos nos decían la típica frase, "estable dentro de su gravedad".

Yo no podía creer que mi padre hubiera sido víctima de un atentado, pese a las amenazas que había recibido. Jamás pensé que pudiera suceder una cosa así. Había escuchado sobre hechos de este tipo ocurridos en otros países, pero nunca en Chile.

Durante esos tres días mi vida fue un ir y venir entre el hospital y la casa, siempre con la esperanza de que mi padre mejorara. En todo momento yo andaba acompañado por mi comandante de

sección, el teniente Arangua, y cuando nos trasladábamos fuera del recinto hospitalario, lo hacíamos con escolta de contingente del Ejército. Durante esas noches había toque de queda; los desplazamientos eran efectuados con mucha seguridad y custodia.

El 25 de octubre un llamado telefónico nos despertó muy temprano para que fuéramos inmediatamente al hospital. Cuando llegamos mi hermano René nos comunicó que mi padre había fallecido, pese a que la noche anterior habíamos tenido una esperanza ya que se vislumbraba una mejoría.

En ese momento definitivamente el mundo se me derrumbó, salí llorando y corrí por los pasillos del Hospital Militar. Llegué hasta la guardia en donde alguien me detuvo, me tranquilizó y trató de consolarme.

Posteriormente recuerdo el momento en que me trajeron el uniforme y me dijeron que debía portar la urna de mi padre. También me informaron que se efectuaría una misa en la Escuela Militar.

Mientras me vestía en la soledad de un baño oscuro del hospital, prometí besando la manga de la guerrera azul, que iba a seguir el camino legado por mi padre, que iba ser un constante luchador y comunicador de sus enseñanzas.

Después de cuarenta años siento que estoy cumpliendo con la promesa que me hice a mí mismo en ese cuarto, y que nunca compartí con nadie. Ha sido una tarea autoimpuesta que me ha brindado un sentido de misión y que hoy me enorgullece poder cumplir.

Este libro representa uno de las consecuencias de esa promesa. Sin embargo, la tarea no termina aquí; mejor dicho recién comienza porque su sentido finalmente es ser un aporte para que esta narración, que es parte de la historia de Chile, trascienda de generación en generación, pues comporta una gran enseñanza de vida.

La acción heroica de mi padre me motivó a seguir en el Ejército, constituyendo una permanente motivación que ha guiado mi

vida. Es una huella difícil de borrar y digna de imitar para sus hijos, nietos y las nuevas generaciones de militares. Contiene un mensaje que se proyecta incluso sobre nuestra sociedad, vivificando principios y valores que hoy más que nunca es importante reforzar.

\* \* \*

Este libro representa uno de los desafíos más importantes de mi vida ya que, junto con ser un aporte a la historia de nuestro país, constituye un resumen de vivencias, datos recopilados por muchos años y testimonios de personas que conocieron a mi padre en diferentes ámbitos: superiores, amigos, subalternos, militares y civiles que vivieron la crisis del año 1970.

Estimo que era necesario. Mientras lo escribía, sentía que mi padre de algún modo me acompañaba y alentaba. Esa percepción subjetiva y afectuosa constituyó un apoyo vital para realizar esta ambiciosa tarea.

Escribí durante un año. Fue una labor fluida. Sin embargo, inevitablemente significó revivir los momentos más tristes de mi vida y descubrir aspectos que no conocía de mi padre, después de cuarenta años, como el detalle de las diferentes presiones y sufrimientos que tuvo que vivir como Comandante en Jefe del Ejército, y finalmente el ingrato tratamiento que el caso de su homicidio tuvo por parte de la justicia.

No hubo ningún día, mientras escribía, en que no me quebrara al darme cuenta de la crueldad, incomprensión e injusticia que persistía tras su muerte.

La aberrante justificación de los hechos que hay en la frase "lo hicimos por la Patria" –que en más de una ocasión me ha tocado escuchar–, aún me deja perplejo. Y aunque la consideración atenta de las motivaciones humanas que hay en la base de tales hechos me haya permitido aceptar el destino fatal como una posibilidad dentro de las complejas y misteriosas circunstancias que marcan

la vida de un hombre, jamás justificaré el asesinato artero y cobarde que constituye un atentado.

Este libro está dirigido a todo aquel que desee conocer la historia de un hombre que se entregó por su país a través del Ejército y su entorno con rectitud, decencia y honor, y que finalmente dio su vida defendiendo sus principios.

Quisiera que la historia del general René Schneider Chereau impactara el alma nacional para que, después de tantos años de olvido, podamos, como chilenos, integrarlo en nuestra memoria colectiva y ubicarlo en el sitio que merece junto a nuestros héroes, en reconocimiento a su obra.

También quisiera que llegara a aquellas personas que aún viven con su conciencia intranquila, ya que no tuvo la justicia que correspondía. No solamente para recordarles que dejaron a una mujer sin marido y a cuatro hijos sin padre, sino que también causaron un grave daño moral a la institución del Ejército.

Creo que para ellos, como para todos los chilenos, será beneficioso que este libro deje en claro que, pese a no existir rencores, tenemos presente a los autores de tan deleznable hecho, que podemos observarlos hoy tranquilamente como lo que son, un ejemplo de lo que no ayuda a desarrollarnos como país, y como la antítesis de lo que fue mi padre.

Posteriormente a la muerte de mi padre, mi familia intentó recuperar una vida normal, sin embargo, la prensa, las noticias sobre el atentado, los homenajes, no nos permitieron tener la tranquilidad que se desea para hacer como corresponde el duelo por la muerte de un ser querido. Era la noticia del momento, estuvimos durante prácticamente dos meses en los titulares. Además de revivir y lamentar la situación, nos sorprendíamos sabiendo de personas que estaban involucradas en lo que se llamó el "Caso Schneider", como el general Camilo Valenzuela, nada menos que el Comandante de la Guarnición de Santiago, asesor muy cercano a mi padre con quien almorzaba casi todos los días.

Por mi parte reanudé mis estudios en la Escuela Militar, pero hubo muchas noches en que desperté angustiado ante la pesadilla que estaba viviendo; no podía dar crédito a lo que había ocurrido.

Recuerdo que en esos días cercanos a su partida soñé muchas veces con él, requiriendo como adolescente su consejo de padre. Ahora que yo mismo soy padre me puedo dar cuenta de la enorme falta que su desaparición significó en mi juventud.

El atentado a mi padre provocó una profunda convulsión nacional. Era un hecho que se salía de nuestros referentes históricos, que nos ponía en un escenario incierto; nadie podía creer que pasara una cosa así en Chile.

Saber que en la conspiración estaba involucrada la CIA y algunos militares y autoridades, me impactó en lo más hondo. No quise saber nada por largo tiempo, no quería leer, ni ver noticias, fueron mis hermanos mayores quienes enfrentaron los medios de prensa.

En las Fuerzas Armadas, y en particular en el Ejército, el hecho tuvo un gran impacto; sin embargo provocó un sentimiento de unión y realzó el mensaje de mi padre. Al ver a su Comandante en Jefe caído en acción, demostrando valentía y valor, el Ejército actuó exactamente en la dirección que mi padre había señalado en los Consejos de Generales, hacia el fiel cumplimiento de la doctrina institucional de respeto a la Constitución y a la institucionalidad vigentes. Otra actitud habría significado la desunión del organismo armado y por tanto una confrontación entre chilenos.

Al develar la vida y trayectoria del general René Schneider Chereau, desde su nacimiento hasta su trágico asesinato, he intentado evidenciar no sólo su notable persona, sino también hacer una aproximación a una época que marcó el presente y futuro del pueblo chileno. En efecto, los acontecimientos y hechos que se presentan, revelan las grandezas y pequeñeces que estremecieron

durante sesenta años del siglo veinte el acontecer político, social, económico y militar de nuestro país.

Como si alguien o algo quisieran intencionalmente juntar las cosas, el aniversario de su fallecimiento, ocurrido el 25 de octubre de 1970, coincide con el año del Bicentenario de la Independencia de Chile. Estimé que constituía una ocasión idónea, en homenaje a él y a la Patria, para dejar por testimonio un recuento somero de lo que un hombre de armas entregó a su país que a la vez sirve como fundamento para probar que el Ejército y sus hombres han estado activamente involucrados en la vida nacional.

El relato de los hechos que se presenta a continuación introduce al lector en un período histórico de Chile que, aunque reciente en la temporalidad evolutiva de las naciones, constituye, por su dramatismo y trágicas consecuencias, un testimonio que no puede ser ignorado ni desconocido por la memoria histórica del acontecer nacional.